

El cuento bi-
siento (Teatro)

(gente
muy
30-VIII-31

EL MANTO DE ORO

CUENTO INFANTIL



Había una vez una reina que tenía trescientos sesenta y cinco mantos. Uno para cada día del año, menos el día bisesto, que tiene trescientos sesenta y seis, y se veía obligada a poner un manto dos días seguidos.

También tenía un hijo muy guapo, con gorro de plumas, espada de oro y capa encarnada, que salía a pasear todos los días en un caballo blanco.

Y el príncipe se quería casar porque ya era muy mayor y se aburría mucho hablando con su ayo. Pero la reina dispuso que no había de casarse hasta que ella lo dijera.

Y para que no pudiera desobedecerla, le encerró en la torre más alta del castillo con su ayo y sus pajes. Con lo que el príncipe se aburría mucho más que cuando salía a pasear en su caballo blanco.

Por eso una noche hizo tirar su capa encarnada y, ayudando unas a otras, y la última a los barrotes de la ventana, se descolgó hasta el campo y escapó a correr.

Corrió toda la noche y todo el día hasta llegar al pie de los lagos y las montañas. Allí encontró una cabaña de madera y vio por las rendijas de la ventana una familia de pescadores comiendo alrededor de una mesa.

El príncipe tenía hambre y frío y llamó a la puerta, y el pescador salió a abrir.

—Soy un paje de la reina y me he perdido en el agua—dijo.

Y nadie le preguntó más.

Yucho se asombró el pescador de la espada de oro y el gorro de plumas; pero no era curioso y le dio agua y cama.

Al otro día no se fué, ni al otro, ni al otro; porque donde se iba a ir, sino que ayudó al pescador en sus tareas y acompañó a Lisón a guardar las ovas.

Lisón era la hija del pescador, que era rubia y tenía como espuma de jabón, y llevaba sobre las espaldas las trenzas de oro.

También ayudó a sacar agua del pozo a la mujer del pescador, y batió la manieca, y hasta dió de comer a los pollos, con lo que se ganó las simpatías de todos, que ya no quisieron que se marchara de su casa.

Guardó en un arca su traje de seda, la espada y el gorro de plumas y se vistió de pescador.

Allí vivió mucho tiempo. En las noches de invierno Lisón contaba canciones del país, el pescador contaba cuentos de brujas y el príncipe sucesos de la corte.

La vieja le oía embobada.

—La reina, mi señora, es la reina más hermosa del mundo. Tiene trescientos sesenta y cinco mantos de seda y piedras preciosas, y si consiguiera uno más no se parecería a ninguno, daría por él lo que le fueran.

Una tarde oyó el príncipe resonar en el bosque las campanas de los heraldos y escuchó lo que decían: De orden de la reina nuestra señora, todo aquel que sepa dónde está el príncipe está obligado a decirlo, y el que lo calle o le tenga en su casa aun sin decirlo será degollado.

Entonces volvió a vestirse su traje de seda, a coger la espada, y se despidió de todos para volverse a la corte.

Los pescadores lloraban desconsolados; pero Lisón era la que más lloraba.

—¿Para qué viniste, si te habías de volver a marchar!—decía.

Y el príncipe, haciendo esfuerzos para estar sereno, le explicaba que la reina había mandado llamarle, y que si no se presentaba los mataría a todos.

Andando, andando, salió al camino, y allí se encontró con los heraldos, que le reconocieron y le hicieron subir a un caballo blanco para llevarle a la corte.

La reina salió a recibirle a la escalinata del palacio con su manto de tisú de plata, que era el que le correspondía el día aquel, y aunque le reprendió por haberse escapado, le perdonó enseguida, y abrazados subieron al trono.

Pero, ¡ay!, que el príncipe suspiraba el día entero.

Y la reina mandó venir a las más bellas princesas para distraerle y escoger la que había de ser su esposa.

El príncipe se encerró en su cuarto y no quiso ver a ninguna, y la reina tuvo que despedirlas, unas detrás de otras, diciéndoles que su hijo estaba enfermo de melancolía.

Llorando estaba la reina sentada en su trono cuando le anunció un paje la llegada de la familia del pescador.

—Dicen que traen un magnífico regalo para vuestra majestad.

Pasaron el pescador, su mujer y Lisón, que traía un gran paquete entre los brazos. Venían descalzos, porque habían dejado los zuecos a la puerta.

—Traemos el manto para los años bisestos, y es tal que como él no hay otro en el mundo.

Y la reina, que era compasiva, abrió el envoltorio, por complacerlos, y quedó deslumbrada.

Era un manto de oro, tan sutil que parecía de seda brillante y pura. ¡Era verdad! En todo el mundo habría otro igual.

—¿Qué querías en cambio?

—Uno de tus pajes. El que va vestido de seda con pluma en la gorra.

Pero como todos los pajes de la reina iban vestidos de seda, hizo venir a todos para que escogieran.

El pescador, su mujer y su hija los miraron atentamente y dijeron al fin:

—No es ninguno de éstos. El que nosotros amamos tiene mejor talle, es más gracioso y nos hubiera conocido.

Entonces la reina hizo venir a su guardia. Ninguno era tampoco. Vinieron los criados, los cocheros, los lacayos y hasta los cocineros, pero ninguno era el que ellos querían.

—Entonces nos llevamos el manto—dijeron, y todos lloraban. Pero más que todos lloraba Lisón.

Ya se iban cuando apareció el príncipe, y gritaron:

—Este, señora reina, éste es el paje que decimos. Y el príncipe los abrazó tiernamente y lloró con ellos.

—Y ésta es Lisón, la de las trenzas de oro, madre mía!

El pescador y su mujer se arrodillaron al darse cuenta de que era el príncipe. Lisón bajó la cabeza, avergonzada.

—Señor—dijo—, ya no tengo trenzas. He hilado con mis cabellos el manto de la señora reina...

Entonces el príncipe, levantándola en sus brazos, se la llevó a su madre y le dijo:

—Aquí tienes a mi esposa, que me ha comprado con un manto de oro. Tú dirás si me voy con ella a ser pescador o es ella la que viene a ser princesa.

Y la reina la abrazó. Después dispuso las fiestas de la boda y todos fueron felices y comieron perdices, y a mí no me las dieron porque no las quiso.

ELENA
FORTUN



La reina abrazó a su hijo... Después dispuso las fiestas de la boda, y todos fueron felices y comieron perdices...

(Dibujos de Echea)

ECHEA